

Marc Augé

POR UNA ANTROPOLOGÍA  
DE LA MOVILIDAD

V3X



nes y de la información. Asimismo, señala la paradoja de un mundo en el que, teóricamente, se puede hacer todo sin moverse y en el que, sin embargo, la población se desplaza.

Esta movilidad sobremoderna se debe a una serie de valores (como la desterritorialización y el individualismo) que los grandes deportistas y artistas —entre otros— ejemplifican. Sin embargo, existen numerosas excepciones: por un lado, cuenta con ejemplos de sedentarismo forzado y, por otro, de reivindicaciones de territorialidad. Nuestro mundo, pues, está lleno de barreras territoriales o ideológicas.

Es preciso añadir que la movilidad sobremoderna responde en gran medida a la ideología del sistema de la globalización: una ideología de la apariencia, de la evidencia y del presente, dispuesta incluso a volver a captar a todos los que tratan de analizarla o criticarla. Así pues, aquí se tratará de presentar algunos aspectos mediante el examen de algunos conceptos clave, como frontera, migración, viaje y utopía.

## I El concepto de frontera

Si pensar en el concepto de *frontera* resulta útil es porque constituye el centro de la actividad simbólica que —según las teorías de Lévi-Strauss— se ha utilizado, desde la aparición del lenguaje, para dar un significado al universo y un sentido al mundo, a fin de que sea posible vivir en ellos. Sin embargo, esta actividad, por su propia naturaleza, ha consistido en oponer las diferentes categorías —como lo masculino y lo femenino, lo caliente y lo frío, la tierra y el cielo, lo seco y lo húmedo— y, de esta manera, dividir el espacio en secciones a las que se concede el carácter de símbolos.

Es evidente que en el período histórico que atravesamos hoy en día, ya no resulta tan necesario dividir el espacio, el mundo o al ser vivo para poder llegar a comprenderlos. Asimismo, el pensamiento científico ya no se basa en oposiciones binarias, sino que se

esfuerzo en actualizar la continuidad que existe bajo la aparente discontinuidad: por ejemplo, se centra en comprender y, quizás, en reconstruir el paso de materia a vida. De la misma manera, el pensamiento democrático exige la igualdad entre sexos pero, más allá de esta igualdad, lo que se pide —ya que lo que se privilegia es la idea de individuo humano— es identificar las funciones, los roles y las definiciones. Finalmente, la historia política del planeta también parece poner en tela de juicio las fronteras tradicionales, puesto que, por un lado, se ha instalado un mercado laboral mundial y, por otro, la tecnología de la comunicación parece borrar cada día más los obstáculos relacionados con el tiempo y el espacio.

Sin embargo, somos perfectamente conscientes de que la apariencia que pretenden dar la universalización y la globalización esconde numerosas desigualdades. Asimismo, presenciamos cómo resurgen las fronteras, hecho que refuta la teoría del final de la historia. La oposición Norte/Sur sustituye a la antigua diferenciación entre países colonizadores y países colonizados. Las grandes metrópolis del mundo están divididas en barrios ricos y «conflictivos» y, en ellas, se concentra toda la diversidad y las desigualdades del

V3X © gedisa

mundo. Incluso llega a haber, en ciertos continentes, ciudades y barrios privados. El modo de emigración de los países pobres hacia los países ricos suele ser bastante trágico, al mismo tiempo que los países ricos erigen muros para protegerse de los inmigrantes clandestinos. Así pues, se están trazando nuevas fronteras —o, más bien, nuevas barreras— que tanto distinguen a los países pobres de los países ricos, como diferencian, en el interior de los países subdesarrollados o de los países emergentes, a los sectores ricos —que forman parte de la red de globalización tecnológica— de los demás. Por otro lado, aquellos que sueñan con que la humanidad forme una única sociedad y que consideren que su patria es el mundo tampoco pueden ignorar el fuerte hermetismo de las comunidades, las naciones, las etnias y demás —que quieren volver a alzar las fronteras—, ni la expansión del proselitismo de ciertas religiones, que sueñan con conquistar el planeta derrumbando la totalidad de las fronteras.

En el mundo «sobremoderno», en el que la velocidad del conocimiento, las tecnologías y el mercado se ha triplicado, cada día es mayor la distancia que separa la representación de una globalidad sin fronteras —que permitiría que los bienes, los hombres, las imá-

V3X © gedisa

genes y los mensajes circulasen sin ningún tipo de limitación— de la realidad del planeta, que se encuentra fragmentado, sometido a distintas divisiones, las cuales, si bien la ideología del sistema se esfuerza en negar, constituyen el centro del mismo. Por ello, se podría oponer la imagen de la ciudad mundial —o «metaciudad virtual», según la expresión de Paul Virilio— a las duras realidades de la ciudad-mundo: la primera está constituida por las vías de circulación y los medios de comunicación, los cuales encierran al planeta entre sus redes y difunden una imagen del mundo cada vez más homogénea; en la segunda, en cambio, la población se condensa y, a veces, se producen enfrentamientos originados por las diferencias y las desigualdades.

La urbanización del mundo consiste en extender el tejido urbano a lo largo de los ríos, así como en el interminable crecimiento de las megalópolis, que está más acentuado en el Tercer Mundo. Este fenómeno constituye la realidad sociológica y geográfica de lo que se conoce como *universalización* o *globalización*, infinitamente más compleja que la imagen de la globalidad sin fronteras que representa, para algunos, una coartada y, para otros, una quimera.

Así pues, hoy en día sería necesario reconsiderar el concepto de frontera, esta realidad que no deja de negarse por un lado y, por el otro, de reafirmarse, aunque adoptando formas radicalizadas, consideradas como prohibidas y que conllevan la exclusión. Por tanto, para llegar a comprender las contradicciones que afectan a la historia contemporánea, la noción de frontera debe ser replanteada.

Una frontera no es una barrera, sino un paso, ya que señala, al mismo tiempo, la presencia del otro y la posibilidad de reunirse con él. Una gran cantidad de mitos señalan tanto la necesidad como los peligros que se encuentran en este tipo de zonas de paso: muchas culturas han tomado el límite y la encrucijada como símbolos, como lugares concretos en los que se decide algo de la aventura humana, cuando uno parte en busca del otro. Hay fronteras naturales (montañas, ríos, estrechos), fronteras lingüísticas y fronteras culturales o políticas, y lo que señalan es, en primer lugar, la necesidad de aprender para comprender. Partiendo de este principio, queda claro que lo que han hecho ciertos grupos, movidos por su expansionismo, ha sido violar las fronteras para imponer su propia ley a otros grupos, aunque incluso este tipo de

franqueamiento de las fronteras ha supuesto una serie de consecuencias para los que lo han cometido: Grecia, tras la derrota, civilizó Roma y contribuyó a su expansión intelectual; en África, tradicionalmente, los conquistadores adoptaban a los dioses de los pueblos a los que habían vencido.

Las fronteras nunca llegan a borrarse, sino que vuelven a trazarse: es lo que nos enseña el avance del conocimiento científico, que desplaza, cada vez más, las fronteras de lo desconocido. Así pues, el saber científico —a diferencia de las cosmologías y las ideologías— nunca se concibe como absoluto, sino como un horizonte en el que se impondrán nuevas fronteras. Por tanto, en este sentido, la frontera responde a una dimensión temporal: es, quizás, la forma del porvenir, de la esperanza. He aquí lo que los ideólogos del mundo contemporáneo —los unos, demasiado optimistas; los otros, demasiado pesimistas y, que en cualquier caso, se exceden en su arrogancia— nunca deberían olvidar. No vivimos en un mundo concluido en el que tan sólo nos queda celebrar su perfección, pero tampoco se trata de un mundo irremediablemente abandonado a la ley del más fuerte o del más perturbado: vivimos en un mundo en el que, en pri-

V3X © gedisa

mer lugar, aún existe la frontera entre democracia y totalitarismo. Sin embargo, la misma idea de democracia aún se encuentra inacabada, aún la tenemos que conquistar. Al igual que ocurre con la ciencia, lo que confiere su grandeza a la política de la democracia es que se basa en rechazar la idea de totalidad acabada y en fijar nuevas fronteras para que sean exploradas y franqueadas.

Tanto en el concepto de globalización como en los planteamientos de aquellos que se apoyan en él, se encierra la idea de acabamiento del mundo y de paralización del tiempo, que revelan una total falta de imaginación y una adherencia al presente, profundamente contrarias al espíritu científico y a la moral política.

V3X © gedisa

### III

## La distorsión de la percepción

Las nuevas formas de urbanización han conllevado que se multipliquen los aspectos ocultos o, dicho de otro modo, ha manipulado la percepción de los ciudadanos. Vivimos en un mundo en el que la imagen se encarga de sancionar o favorecer a la realidad de lo real. Así pues, la coexistencia de la ciudad mundial y de la ciudad-mundo supone, en primer lugar, que se mezclen las imágenes, como sucede cuando la unión de ambas realidades da lugar a zonas de vacío, totalmente inaceptables —extensiones destinadas a la industria pero que no son más que eriales, terrenos cuya función está aún por definir y que, por el momento, se siguen encontrando vacíos o están ocupados ilegalmente— que, sin embargo, lindañ con las instalaciones destinadas a la universalización de la ciudad: autopistas, vías férreas o aeropuertos. Este fenómeno, que asocia

CM mundial el constituye una ciudad  
CO la ciudad constituye un mundo

ambas realidades, puede detectarse en la aparición de nuevos términos que, sin ser sinónimos, se contaminan entre sí; el significado del uno influye en el del otro y originan nuevos miedos y conflictos en potencia. Si examinamos algunos de estos términos veremos que tienen un punto en común, y es que conceden la mayor importancia al lenguaje espacial: de esta manera, crean una metáfora que, inevitablemente, engloba a todos los análisis y descripciones que se lleven a cabo.

El primer término es *exclusión*, por el que, lógicamente, se sobrentiende que hay un interior y un exterior; una escisión y una frontera. Dicha escisión y dicha frontera son de índole física cuando se trata de los controles que se llevan a cabo en las fronteras nacionales, como respuesta a la presión que ejercen los inmigrantes de los países pobres, los cuales, al tratar de acceder a las regiones ricas del mundo, llegan a arriesgar su vida. Asimismo, existen otras fronteras y escisiones, de tipo sociológico, en lo que se refiere a aquellos que, aun viviendo en los países ricos, no gozan de esta riqueza —o, si lo hacen, es en cantidades mínimas—, sector social en el que se encuentra una parte de los que huyeron de las zonas más pobres del mundo.

*Clandestinos y sin papeles* son palabras o expresiones que designan las circunstancias particulares en las que viven ciertas categorías de inmigrantes. Su existencia, al contrario de lo que dan a entender estos términos, se conoce de manera oficial; sin embargo, no está reconocida: si los clandestinos se diferencian de los otros inmigrantes es, en primer lugar, porque se les deniega la existencia. No obstante, este tipo de deficiencia en lo referente a la identidad se da entre todos los inmigrantes: ser un inmigrante «oficial» no garantiza completamente no caer en la clandestinidad: tanto los visados de turista como los permisos de residencia son limitados; asimismo, las leyes concernientes a la inmigración pueden cambiar en función de la coyuntura política o económica.

En Francia, los jóvenes que son «fruto de la inmigración» son, generalmente, franceses, aunque buena parte de ellos pertenece a la segunda categoría de excluidos, los excluidos por razones sociológicas, como son una enseñanza defectuosa o el paro. Este aspecto crea una contradicción entre los principios que se reivindican y la realidad social: la mayoría de estos jóvenes son franceses que, aunque hijos de inmigrantes, nacieron en Francia y, por tanto, a los 18 años son ciu-

dadanos de pleno derecho. Asimismo, entre los 17 años y medio y los 19 pueden rechazar la nacionalidad francesa o, de la misma manera, pedirla de modo anticipado entre los 13 y los 16 años, con el consentimiento de sus padres, o entre los 16 y los 18, sin dicho consentimiento. Patrick Weil, en su libro *Francia y sus extranjeros*, hace mención de la cifras del Ministerio de Justicia, que indican que una gran mayoría la adquiere de manera voluntaria antes de los 18 y que sólo una pequeña mayoría la rechaza. En este aspecto, el «modelo social» francés cumple correctamente su función.

Sin embargo, la mayoría de los franceses que son «hijos de la inmigración» pertenecen geográficamente a los barrios «desfavorecidos», lo que da a entender que los pobres, tanto en la ciudad como en sus «afueras», están reunidos, formando una masa, un grupo y, para algunos, una posible amenaza. En Francia, el significado de la expresión *núcleo urbano* contiene estos aspectos y parece condensar el fracaso del urbanismo llevado a cabo por la política económica y el sistema escolar.

A esta situación se une el examen de ciertos fenómenos antiguos como la delincuencia a pequeña esca-

la y el tráfico de diferentes tipos (lo que, en el siglo XIX, se atribuía a las llamadas «clases peligrosas») y que hoy en día refleja la palabra *marginalidad* (término de índole espacial que designa, por defecto, un lugar central, un centro de referencia). Este término también supone un riesgo de contaminación verbal, puesto que en el «margen» de los pueblos se sitúan las periferias y las afueras.

Así pues, es importante medir las palabras que se emplean —teniendo en cuenta su significado— al tratar el tema de los conflictos y las crisis urbanas, como ocurrió con los incidentes que marcaron lo que en Francia recibió el nombre de «crisis de las periferias». Algunas observaciones sobre el tema pueden ayudarnos a definir el fenómeno y a tratar de comprender qué aspectos fueron propios de Francia y cuáles fueron más generales.

1. El incendiar coches los fines de semana es una actividad que se da de modo habitual, desde hace algunos años, entre algunas pandillas de jóvenes de ciertos barrios de las afueras. También desde hace años, el número de este tipo de incidentes aumenta en ciertas ocasiones y en ciertos lugares (por ejemplo, en las afue-

ras de Estrasburgo el día de Año Nuevo). Durante la «crisis de las afueras», el movimiento aumentó de manera considerable, pero no se trataba de algo nuevo.

2. También es cierto que en este tipo de movimientos interviene en gran medida, una vez tras otra, la rivalidad entre los diferentes barrios y las distintas periferias; incluso entre aquellas que no mantienen ningún tipo de contacto, pero que se ven en la televisión y se comparan a través de la pantalla. La competitividad referente a la violencia y, sobre todo, lo espectacular de su actuación se asimila a lo que Erwing Goffman llamaba *la acción* en su libro acerca de los ritos de interacción.

3. Querer figurar en la pantalla es, de alguna manera, querer alcanzar el centro; ese centro descentrado y múltiple que puede encontrarse en cada hogar a través de la televisión y las imágenes que presenta a diario, en las que muestra un centro ideal en el que se encuentran los personajes famosos de la sociedad de consumo, ya sean políticos, deportistas o artistas, o estén relacionados con los medios de comunicación. Durante la crisis de las periferias, la dimensión televisiva también estuvo presente: las proezas de los «sublevados» salían por la televisión.

4. Sin embargo, los acontecimientos que tuvieron lugar en este período no se pueden simplificar a un juego en el que se competía por los roles o por obtener las miradas, ya que, si se trató de acontecimientos graves, fue, precisamente, porque reflejaban el sentimiento de exclusión de una parte de la juventud, aunque la forma que tomó fue la de una protesta sin un contenido ideológico en concreto.

5. No se deben confundir estos estallidos de violencia —y los incendios que supusieron— con otro tipo de fenómenos violentos, ya que se sitúan a otra escala y con otras perspectivas. Dicho de otro modo, no creo que haya que relacionarlas con la acción proselitista de la parte política del islam. Llegado el momento, dichos movimientos proselitistas podrían llegar a explotarlas, por ejemplo, como una contribución al restablecimiento del orden pero, en todo caso, no son la causa que los desencadenan, ya que utilizan otros medios de presión e intervención.

6. Los jóvenes, al revelarse, no están luchando por una petición subversiva: simplemente, quieren participar de la revuelta, consumir como los demás. El hecho de que incendien escuelas u otros lugares públicos no tiene más significado «revolucionario» que incendiar

el coche de los vecinos del barrio: lo que quieren es, principalmente, ser visibles, existir de un modo visible.

V3X © gedisa

7. Los jóvenes «nacidos de la inmigración» proceden de orígenes completamente diversos. Sólo en lo que se refiere a África, lógicamente, ya existen grandes diferencias entre el Magreb y el África negra, así como otras diferencias considerables en el interior de estas dos zonas: por ejemplo, no todas las familias que provienen del África negra son musulmanas. En la mayoría de los casos, los jóvenes cuyas familias son de procedencia africana tienen pocos o ningún contacto con el país de origen de sus padres o sus abuelos. En estas condiciones, su «cultura», en el sentido antropológico del término, consiste, más bien, en la que ellos mismos elaboran y que adaptan a distintos tipos de expresión (me refiero al *rap*), los cuales han alcanzado un gran éxito en la producción artística contemporánea.

8. Al emplear el término *multiculturalismo* se corre un gran riesgo de estar utilizando una palabra equivocada, puesto que el contenido conceptual inherente al vocablo *cultura* es débil. La razón es que los inmigrantes no eran ni los que mejor informados estaban ni, por tanto, los mejores representantes de la cultura

V3X © gedisa

tradicional de sus países de origen: dentro de la población había grandes desigualdades respecto al dominio que cada individuo poseía de los conocimientos de las culturas tradicionales (incluso en este aspecto hay individuos más cultos que otros) y, en lo que se refiere a las nuevas generaciones, no se trata de un aspecto que les concierna. En cuanto a la religión, especialmente el islam, se manifiesta de una forma muy contemporánea y muy proselitista que ya nada tiene que ver con la transmisión de una herencia cultural. Así pues, el lenguaje de la tradición y de los orígenes no es el más indicado para analizar las periferias y las ciudades actuales.

A lo largo del siglo XX se ha descubierto la riqueza de las culturas llamadas «orales» o «sin escritura». Los etnólogos demostraron que dichas culturas pudieron desarrollar modos de conocimiento y de adaptación al medio de una gran sutileza. Parte de la problemática de nuestra época viene dada porque, a causa de la colonización, la globalización, el éxodo rural, las guerras, las hambrunas y la inmigración, una gran cantidad de individuos ha sido desposeída de su saber tradicional, aunque sin tener la posibilidad de acceder a las formas modernas de conocimiento. Se apeloto-

nan en los barrios de chabolas y en los suburbios de las ciudades del Tercer Mundo, en los campos de refugiados o, cuando han tenido la suerte de poder emigrar, en los barrios pobres de los países desarrollados. También puede darse el caso de que las primeras de estas situaciones den lugar a la última que se ha citado y, de esta manera, muchos de los inmigrantes que llegan a Europa ya se encontraban, cuando vivían en su país de origen, en un estado literal de «desculturización».

Las consecuencias de esta situación son graves: por un lado, impide que una gran parte de la población forme parte del movimiento que favorece el progreso en ciertos sectores de su país de origen y, asimismo, los condena, en el país al que han emigrado, al paro o a la realización de las tareas peor pagadas y con menor estabilidad laboral. Por otro lado, genera un distanciamiento entre las diferentes generaciones: la figura simbólica que representan los padres de cara a sus hijos se debilita cuando éstos los perciben como personas completamente extrañas al mundo de la comunicación y el consumo que tanto les fascina. Esto sucede especialmente en los países en los que los hijos de la segunda generación de inmigrantes asisten a la

V3X © gedisa

V3X © gedisa

escuela y viven una experiencia radicalmente opuesta a la de sus padres, incluso en los casos en que atraviesan por dificultades escolares.

Hoy en día se habla mucho de cultura y de identidad, pero se trata de dos términos que conllevan una serie de problemas cuando se combinan las consecuencias de la desculturización y del analfabetismo. Sin saber dominar la lectura ni la escritura, los niños de hoy en día no pueden llegar a comprender de dónde vienen, dónde viven ni quiénes son. Por ello, están expuestos a toda clase de peligros, a la invasión de las imágenes de los medios de comunicación y a la corrupción de los mensajes de los ideólogos, a todas las corrientes, modos de alienación y de captación de cualquier movimiento.

Esta situación resulta aún más preocupante cuando se tiene en cuenta que, incluso en los países más desarrollados del mundo, el analfabetismo y la ignorancia afectan a gran parte de la población, tal y como demuestran diversas encuestas que se realizaron en los Estados Unidos, como la que llevó a cabo la National Science Foundation, que reveló que la mitad de los norteamericanos no sabía que la Tierra da la vuelta al Sol en un año. Seguramente, si se realizase en Europa,

las cifras no serían muy distintas, y lo peor es que reflejan la indiferencia de los poderes públicos con relación al atentado contra los fundamentos del ideal democrático que supone esta realidad.

9. En todos los campos y desde cualquier punto de vista, se debe desconfiar del modo imprudente con el que se emplean estos términos actuales y, aún más, cuando se utilizan deliberadamente, puesto que lo que hacen es crear la realidad que pretenden designar o describir. Así pues, una de las tareas principales de la educación nacional debería ser la de acabar con las barreras de la sociedad que impiden la instrucción de los individuos. Gracias al sistema democrático (en el que la educación es uno de los pilares principales) debería permitirse que cualquier individuo, independientemente de sus orígenes y su sexo, perteneciera a la República, la cual se define como «una e indivisible»... aunque aún deba convertirse en un lugar accesible para todos.

En la década de 1970 los barrios obreros de Francia aún representaban el resultado de una política de modernización de la situación de la vivienda que aseguraba la obtención de unas condiciones de igualdad

en la clase obrera: en este período se aprobó una política de carácter familiar —que permitía que las familias de los inmigrantes con permiso de residencia fueran a vivir a Francia— con el objetivo de estabilizar la situación de los llamados «trabajadores inmigrantes», al facilitar que sus familias pudieran vivir en Francia y, asimismo, que se «integrasen» en la categoría de obreros franceses. Sin embargo, la situación de paro que se inició a finales de la década de 1970 cambió el orden de las cosas y afectó, en primer lugar, a los trabajadores inmigrantes no capacitados. El miedo al paro alcanzó a la clase obrera, por lo que, en el interior de los barrios obreros, la mayoría de los inmigrantes representaron el «polo negativo» —al que se refirió el antropólogo Gérard Althabe— que dio lugar a la aparición de una nueva forma de racismo originada por el miedo de ser incluido en dicho polo.

Hay aún otra clase de inmigrantes: los llamados «clandestinos», es decir, los que trabajan sin estar declarados y que representan todos los peligros de la deslocalización (aunque, para los empresarios —si no todos, algunos—, supongan todo tipo de ventajas). Así pues, para los trabajadores clandestinos, el paro tan sólo está a un paso. De esta manera vemos que la mez-

cla de las diferentes categorías se da con mayor frecuencia a medida que cada uno de los diferentes estratos de la población va resultando más extraño para los demás, a pesar de que coincidan en los grandes centros comerciales o los transportes públicos de las megalópolis occidentales.

A estas observaciones deben añadirse algunos elementos importantes que aumentan las consecuencias y contribuyen a distorsionar la percepción: son, entre otros, la demografía, las rupturas generacionales, el contraste entre campo y ciudad —que, a pesar de la urbanización, aún supone una importante diferencia en el imaginario francés y en el de otros países (por ejemplo, se relaciona la violencia con la ciudad y sus periferias)—, el terrorismo internacional y el incremento del islamismo extremista (se ha hallado en Afganistán y en Irak a algunos franceses procedentes de las periferias, como Moussaoui, y se ha descubierto que algunos terroristas se camuflaban en ciertos barrios tranquilos situados a las afueras de Londres). Tras el paisaje del nuevo urbanismo, como si fuera un decorado de fondo, se perfilan algunos espectros, pero también ciertas amenazas reales.

En este contexto, apelar al respeto o al diálogo

entre culturas no resulta en absoluto adecuado, ya que, de hecho, no concierne ni al movimiento extremista ni a las nuevas generaciones de orígenes diversos que han creado o participado en la creación de culturas urbanas, carentes de cualquier tipo de referencia a una tradición anterior.